

Liturgia de los días
Un breviario de Castilla

Al Numa

Agradecimientos

A Félix de Azúa,
Aurelio Major,
Guillermo Más Arellano,
José Francisco Torres Esteban,
Victoria Cirlot,
Marta Serrano Jiménez y
Rubén Legidos
por su amable disposición

Carta geórgica

Estimado A:

Tuve el placer de escucharle ayer en una charla difundida por la internet. No habiéndolo llevado en toda mi vida, sólo puede haberme gustado su comentario sobre que el conservador necesita el reloj, mientras que el tradicionalista nota el paso del tiempo en la luz, que, como siempre, es la medida de tantas cosas. Aún hoy discuto con mis amigos sobre la división del día en densidades de luz, de la partición en formas y vértices de las sombras de los árboles o del tejado de pizarra. Le aseguro que el único rastro de precisión horaria que hay en mí lo pone una lechuga que sale del tejado a la misma hora cada tarde... O eso pensaría un conservador, porque cada tarde se corrige por la luz solar, en un movimiento maravillosamente tradicional.

No me resisto igualmente a apuntar ese otro movimiento, tan propio de épocas de acabamiento, del

que se hace mención en la charla. Últimamente veo una fina lluvia de artículos y de libros, recibidos con aplauso, que podrían caber en lo que llamaría, con un neologismo latinista muy anglo, *virgiliana*. Se trata de una *summa* de reflexiones sobre la vida en el campo cuyo ideal sería el descrito en las novelas de Delibes, en la civilizada agropecuaria de Plá, en la recia aristocracia campestre de Scruton. Y aquí veo una grieta muy profunda, aunque para no abrumar ni aburrir demasiado resumiré mucho esta carta. Noto en todo ello una excesiva simplificación, un aire decididamente platónico, un idealismo alicorto y un tono de abierta moralización que paradójicamente acerca a sus defensores a las filas de sus rivales. No encuentro descripciones del campo tal como fue durante siglos en su inagotable variedad, sino rememoraciones de un ideal campestre de corte, una vez más, ilustrado. Temo que bajo la especie de una nostalgia de naturaleza intelectual nos encontremos ante un pequeño Gran Salto Adelante que de nuevo vendrá a rechazar las potencias numinosas del agro.

Sé bien que al nombrarlas me adentro en terreno peligroso, pero como quiera que es en ese terre-

no donde me encuentro irremediabilmente clavado desde la infancia, para mí el peligro está en otro sitio. Temo que nuestros modernos apologistas virgilianos detesten leer el *Liber Naturae* porque sus páginas no reflejan ni sus añoranzas idealizadas ni sus ideales moralizantes ni los arabescos literarios, sino la crudeza, la soledad y el misterio propio de todo aquello que no es *urbs*. Si, como afirmaban los hermeneutas del siglo XVII, quien bien mira la naturaleza acaba encontrando a Dios, sólo cabe temer que las renovadas ambiciones ilustradas compongan una incompleta filosofía, y no un perfecto tratado de teología. Igualmente el pagano, de cuya figura temo encontrarme demasiado cerca, se verá privado de esa condición misteriosa sin la que la epifanía o la hierofanía son imposibles.

Temo, en suma, que la sombra, no del ciprés, sino de los Delibes y los De la Fuente, sea tan alargada como funesta. Porque con su grito de alerta han convocado la potencia de un *demos* que exige la abolición de las condiciones selváticas, la transubstanciación del campo en *urbs*: no se oculta a nadie que los nuevos apologetas rurales prefieren llegar-se al pueblo por una autovía bien iluminada a per-

derse en la lobuna soledad de una vieja y bacheada carretera secundaria. No puede extrañar que lancen un sentido y progresista *vade retro* a los viejos modales campestres, arrinconados en la frigidez de los museos o en la culpable nocturnidad de los diccionarios.

Como dije, no ahondo en la materia, ni pretendo más que hacerle partícipe de algunas cosillas que me despierta escucharles conversar y, qué maravilla, reír.

Le saluda afectuosamente,
José A. Martínez Climent